

# Borges y las culturas orientales

**L**as fuentes que Borges convoca provenientes del cercano y del lejano Oriente son bastante numerosas, aunque las primeras superan a las restantes, especialmente a través de las citas del Antiguo Testamento, de *El Corán* o de *Las mil y una noches*. Lector de poderosa asimilación, brillante en el manejo de tiempos y desarrollos, procedió a interrelacionar citas y evocaciones partiendo tanto de la realidad como de una «realidad apócrifa». Una gran parte de su obra se halla vitalizada por esa fértil y sutil imaginación que transforma precisamente lo aparente en real, apoyado en una organización y desarrollo de citas bibliográficas perfectamente ensambladas con temas y analogías de particular agudeza.

Roger Pla escribe a propósito de Borges: «Realismo, porque la imagen que da tema al libro —los temas son en rigor imágenes— expresa de alguna manera la realidad del mundo y del hombre, por lo menos en una circunstancia histórica dada. Mágico porque hay magia en la conversión justamente de lo fantástico, lo metafórico, en expresión profunda de lo real; y porque el quebrantamiento de las leyes aparentemente naturales resulta más expresivo de esa “naturalidad” que esas leyes misma, gastadas, estereotipadas y desleídas por el uso. Lo “falso” se muestra como verdadero, mientras lo verdadero se delata como falso en la paradoja continua del hombre contemporáneo; y Borges construye su universo con la irónica utilización de la superchería o burlones aparatos berkelianos donde la serpiente de la sabiduría se muerde la cola en perplejos solipsismos, que en sus manos se convierten en formas paradójales de lo auténtico o lo posible»<sup>1</sup>.

Tomemos algún ejemplo al azar: en *Kafka y sus precursores*<sup>2</sup> cita a Han Yu, prosista del siglo IX, que extracta de la obra de Georges Margouliès<sup>3</sup>. Traduce allí un fragmento de *La captura del unicornio*, del autor chino. De este singular escritor oriental cita Margouliès otros temas como *El dragón y la nube* («Es el dragón que posee en sí la capacidad de dotar a la nube una virtud supernatural»), *El asno de Kouei Tchou*, e *Historias varias*.

<sup>1</sup> Roger Pla, *Proposiciones*, Buenos Aires, 1969.

<sup>2</sup> Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones*, 1952.

<sup>3</sup> Georges Margouliès, *Anthologie Raisonnée de la Littérature Chinoise*, Paris, 1948.

En «El jardín de senderos que se bifurcan»<sup>4</sup> cita al novelista Ts'ui Pen y a la obra *Hung Lu Meng*, a propósito del tema del laberinto.

El nombre de ese autor chino no figura en la obra de Margouliès citada —seguramente consultada reiteradamente por Borges— ni en otra del mismo autor editada posteriormente<sup>5</sup>.

*Hung Lu Meng*, nombre original de la novela *Sueño del Pabellón —o cámara— Roja*, es una de las obras más famosas e importantes de la literatura china, y fue siempre admirada por el escritor argentino. Esta singular novela, a la que Herbert A. Giles destaca como «el más alto punto alcanzado por la novela china», fue en un principio considerada como anónima. En 1917, Hu Shih rescata el nombre del autor, Tsao Hsueh-Ching, o Ts'ao Chan (1719-1794), confirmado luego por Arthur Waley —respetado por Borges—, autor de la versión inglesa. Obra original, «écrite dans une langue très belle et avec un talent poétique et psychologique remarquable»<sup>6</sup>, contiene ingredientes que seguramente maravillaron a Borges tanto por su fantasía como por su humor, lo mismo que por los temas sobrenaturales y la interrelación entre el mundo espiritual y el terrenal. Un fragmento de la obra puede acercarnos a cierta atmósfera: «Al escuchar el verdadero Pao-Yu este sueño, no pudo contenerse y gritó al joven que se hallaba en el lecho: ¡Yo vine aquí buscando a un tal Pao-Yu y ahora resulta que eres tú aquel quien busco! El muchacho del lecho se incorporó rápidamente y vino hacia él y abrazándolo le dijo: ¡Así es que tú eras Pao-Yu y mi sueño no era mi sueño! ¡Un sueño!, gritó Pao-Yu. No exactamente. Era más cierto que la misma verdad. Pero apenas acababa de decir esto, cuando alguien se acercó a la puerta, gritando: ¡El señorito Pao-Yu debe presentarse inmediatamente a la pieza de su padre! Al oír tales palabras, los dos Pao-Yu temblaron de la cabeza a los pies. El Pao-Yu del sueño escapó corriendo, mientras el Pao-Yu real lo llamaba desesperadamente: ¡Vuelve, Pao-Yu! ¡Vuelve pronto! La doncella Hsi-Jen se hallaba junto al lecho y al oírlo pronunciar su propio nombre, lo despertó y le dijo, riendo: ¿Dónde está ese Pao-Yu al que llamáis? Pao-Yu a medio despertar, tenía la cabeza confusa. ¡Allí está!, exclamó, señalando hacia la puerta. ¡Acaba de salir! ¡Pero si estás todavía soñando!, dijo la doncella Hsi-Jen, riéndose a carcajadas. ¿Sabéis qué es aquello que contempláis, con esa cara de espanto tan divertida? ¡Es vuestro propio espejo!».

Escribe Borges en el cuento citado: «Algo entiendo de laberintos: no en vano soy bisnieto de aquel Ts'ui Pen, que fue gobernador de Yunnan y que renunció al poder temporal para escribir una novela que fuera todavía más populosa que el *Hung Lu Meng* y para edificar un laberinto en el que se perdieran todos los hombres».

La primera mención sobre Oriente aparece en su obra *Fervor de Buenos Aires* (1923), donde inserta el poema «Benarés»:

Y pensar  
que mientras juego con dudosas imágenes,  
la ciudad que canto, persiste  
en un lugar predestinado del mundo,

<sup>4</sup> J.L. Borges: Ficciones, 1944.

<sup>5</sup> G. Margouliès, Histoire de la Littérature Chinoise, París, 1949.

<sup>6</sup> Ibid.

con su topografía precisa,  
 poblada como un sueño,  
 con hospitales y cuarteles  
 y lentas alamedas  
 y hombres de labios podridos  
 que sienten frío en los dientes.

El tiempo, el laberinto, el espacio, el sueño, los espejos, la eternidad y la muerte son constantes en la obra del escritor. Ya en su cuarto libro<sup>7</sup>, un capítulo se titula «Una vindicación de la cábala», tema al que ha de retornar repetidas veces, con no disimulada admiración: «La sola concepción de este documento es un prodigio superior a cuantos registran sus páginas. Un libro impenetrable a la contingencia, un mecanismo de infinitos propósitos, de variaciones infalibles, de revelaciones que acechan, de superposiciones de luz ¿cómo no interrogarlo hasta lo absurdo, hasta lo prolijo numérico, según hizo la cábala?».

Borges no ocultó su admiración por Chuang Tzu, por *Las mil y una noches*, por Cansinos Asséns, como por Attar, el poeta persa, entre muchos otros. Seguramente investigó el Vedanta Monista indio y, en particular, el *advaita*. En esta última concepción, el *todo* resulta un sueño en la mente de Dios. «El mundo es una ilusión (*maya*) que en Brahman se disuelve». «El hombre indio vio en el sueño, más que una imagen de la muerte, una imagen de la salvación». «En Brahman se disuelve la aparente realidad que en él, aparentemente se origina; en Brahman, podemos ahora decir, se aniquila el mundo, en cuanto es ilusión»<sup>8</sup>. «Para el Vedanta Monista sólo existía el principio espiritual; todo lo demás era magia (*maya*), simple creación del espíritu»<sup>9</sup>.

Borges, a este respecto (ilusión, sueño) incluye una *posdata* en *La duración del infierno*: «En esta página de mera noticia puedo comunicar también la de un sueño. Soñé que salía de otro —populoso de cataclismos y tumultos— y que me despertaba en una pieza irreconocible. Pensé: Esta vigilia sin destino será mi eternidad. Entonces desperté de veras temblando»<sup>10</sup>. Además, amaba aquella paradoja de Chuang Tzu y la mariposa. Cita al filósofo chino al pie de «Avatares de la tortuga» y a Lao Tse en «Flaubert y su destino ejemplar»<sup>11</sup>.

En *B*<sup>12</sup> recuerda precisamente el párrafo citado de acuerdo con el original escrito por el autor chino: «Antiguamente, Chuang Chou (Chuang Tzu) soñó que era mariposa. Revoloteaba gozosa; era una mariposa y andaba muy contenta de serlo. No sabía que era Chou (Chuang Tzu). De pronto se despierta. Era Chou y se asombraba de serlo. Ya no le era posible averiguar si era Chou, que soñaba ser mariposa, o era la mariposa que soñaba ser Chou. Chou y la mariposa son cosas bien diferentes. Así son las transformaciones de las cosas»<sup>13</sup>. «Los que sueñan que están bebiendo en un banquete —agrega Chuang Tzu— al despertar al amanecer, lloran de pena. Al contrario, los que sueñan que están llorando, al amanecer se encuentran que están divirtiéndose en una cacería de campo. Cuando sueñan no saben que sueñan. En el mismo sueño tratan de interpretar y comprender sus sueños. Al despertarse ven que no ha sido más que un sueño. Sólo con un gran despertar se puede comprender el gran sueño que vivimos»<sup>14</sup>.

<sup>7</sup> J.L. Borges, *Discusión*, 1932.

<sup>8</sup> Vicente Fatone, Introducción al conocimiento de la filosofía de la India, *Buenos Aires*, 1942.

<sup>9</sup> Anne-Marie Esnoul, en *Las Religiones en la India y en Extremo Oriente*, 1978.

<sup>10</sup> J.L. Borges, *Discusión*, 1932.

<sup>11</sup> *Ibíd.*

<sup>12</sup> J.L. Borges, *Otras inquietudes*, 1952.

<sup>13</sup> Chuang Tzu, Nan Hua Ching, en *Dos Grandes Maestros del Taoísmo*, edición preparada por Carmelo Elordoy, *Madrid*, 1977.

<sup>14</sup> *Ibíd.*